

Nota editorial

Jairo Isaza-Castro, PhD¹

La Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo se complace en poner a disposición de sus lectores el Número 42 cuyo tema central se titula “Trabajo y Pandemia”. Desde el Comité Editorial se quiso brindar un espacio académico para el análisis de los distintos efectos suscitados en el mundo del trabajo a raíz de la pandemia asociada a la Covid-19. Tal decisión obedeció en su momento a una realidad sobreviniente que parecía afectar sin distinciones de clase, sexo, condición social o ideología a todos los latinoamericanos y, en particular, a su clase trabajadora. La convocatoria para presentar artículos a este número especial se publicó en julio de 2020, apenas cuatro meses después de haberse decretado las medidas de confinamiento y distanciamiento social a fin de contener la expansión de la enfermedad.

Si bien al momento de decidir el tema central del presente número existía una gran incertidumbre acerca de la evolución futura e impacto de la pandemia en las sociedades de América Latina y El Caribe, desde el Comité Editorial de la Relet tuvimos la certeza de que la pandemia no era un hecho aislado sino, más bien, la expresión de una crisis permanente asociada a un modelo de desarrollo insostenible desde el punto de vista ambiental, cultural, económico y político. En palabras de Santos (2020, pág. 20), el carácter permanente de la crisis que aqueja a la humanidad constituye un “oxímoron [en tanto] la crisis es, por naturaleza, excepcional y temporal”. En tal sentido, la crisis de la pandemia se encargó de exacerbar otras crisis preexistentes en materia de acceso al trabajo decente, a la seguridad social, a la igualdad de etnia y género, y el carácter insostenible de un modelo de civilización que aniquila los recursos de la biósfera.

1. Codirector Relet // Director, Center for Global Workplace Equity and Inclusion, Christian Brothers University, Memphis, Tennessee, Estados Unidos de América. Email: jisazaca@cbu.edu

El ascenso de gobiernos conservadores a ambos lados del Atlántico a comienzos de los años ochenta del siglo pasado marcó una etapa de intensificación en la globalización económica a nivel planetario. Emergió así un nuevo modelo económico garantista de los derechos a la libre movilidad de capitales y mercancías, al tiempo que la libre movilidad de las personas se reservó solo para los ciudadanos afluentes del mundo industrializado. Durante la última década del siglo XX, el mundo presenció el fin de la “Guerra Fría” y el comienzo de un nuevo orden mundial que se insinuaba como más estable, democrático y próspero. La mayoría de las naciones latinoamericanas gozaban por primera vez regímenes democráticos, al tiempo que las izquierdas de todos los lugares del planeta trataban de digerir el derrumbe del imperio soviético. Con una fluidez e inestabilidad exacerbadas por el avance de las comunicaciones y la informática, el mundo se vio inmerso en lo que Bauman (2000) llamara “modernidad líquida”. Las noticias comenzaron a viajar a la velocidad de la luz y lo que ocurre en un lugar del planeta puede afectar al sistema entero en cuestión de horas o días, dependiendo de su naturaleza.

Las décadas subsiguientes presenciaron el ascenso de China en el orden mundial. Se materializó así una nueva suerte de capitalismo sin democracia ni sociedad civil que ofreció a cambio una prosperidad económica para cientos de millones de personas al salir de la pobreza casi de forma milagrosa. China se consolidó como la factoría del mundo, en donde todo se puede copiar y producir a más bajo costo y sin sindicatos. Se materializa así la expresión más severa del panóptico que, según Foucault (1986), da sustento al disciplinamiento social propio de la modernidad y que controla al ser humano en todos los ámbitos de la vida. Justo en el que, probablemente, es el sistema de control y represión social más sofisticado del mundo surge, a dos décadas del inicio del siglo XXI, la pandemia de la Covid-19. Los sistemas de vigilancia epidemiológica fueron sorprendidos con el guardia abajo justo en la ciudad de Wuhan, que es el epicentro de investigación científica de enfermedades de la segunda economía más grande del mundo. En cuestión de semanas, un alud de casos de neumonía severa colapsó las unidades de cuidados intensivos no solo de Wuhan, sino de un número creciente de ciudades alrededor del mundo a través del tráfico aéreo internacional.

Con el aumento exponencial de casos y el desborde de los sistemas hospitalarios en ciudades de primer mundo, la OMS prendió las alarmas y decretó la pandemia a finales de marzo de 2020. El confinamiento inmediato y severo constituyó la respuesta instintiva de las autoridades de los países en desarrollo, particularmente en América Latina, en virtud al escenario dantesco de muerte que la Internet difundió de manera instan-

tánea a casi todos los rincones del mundo. Con dificultades y titubeos, algunos gobiernos de la región latinoamericana optan, siguiendo al grueso de países industrializados, por políticas de confinamiento inicial y, luego, de distanciamiento social. Los sistemas de suministro y cadenas de producción a nivel global colapsaron porque sus trabajadores debieron confiarse. Las grandes ciudades se vieron de repente desoladas en sus calles, mientras que una masa de trabajadores del conocimiento se adaptó con rapidez a sistemas de trabajo remoto en casa.

La pandemia, como ya lo muestran las estadísticas, al igual que la evidencia cualitativa a lo largo y ancho del mundo, tuvo un efecto desigual. Algunos grupos de trabajadores, vinculados principalmente al sector informal urbano en muchas ciudades de América Latina, se vieron sin posibilidades de brindar un sustento a sus familias por meses. Las medidas de distanciamiento social afectaron de manera desigual a los distintos sectores económicos; aquellos asociados a los servicios personales, el transporte y el entretenimiento se vieron impactados de forma severa, al punto que tuvieron que parar su actividad por meses. Los programas de asistencia social, si bien representaron una salvación providencial para los ciudadanos del primer mundo, fueron a todas luces insuficientes en la mayor parte de los países de América Latina. Las tasas de pobreza monetaria y pobreza extrema en la región aumentaron, al punto de echar para atrás el progreso acumulado por décadas.

Como consecuencia de la eliminación de posibilidades de subsistencia para amplios grupos sociales, al igual que la ausencia de mecanismos de previsión social efectivos y al alcance de la mayoría de los ciudadanos en la región, algunos países de la región experimentaron movilizaciones sociales masivas en contra de gobiernos de derecha, tradicionalmente reacios a este tipo de políticas. Sobresale el caso de países como Brasil, en dónde el negacionismo de Jair Bolsonaro frente al impacto real de la Covid-19 significó el retraso de acciones fundamentales en materia de política pública para detener la expansión descontrolada de la enfermedad y evitar la muerte de cientos de miles de personas. Tanto en Brasil como en el resto del continente, las estadísticas epidemiológicas muestran como la Covid-19 se ensañó con los más pobres. Con el desarrollo de las vacunas y el desarrollo de métodos profilácticos para tratar la enfermedad del coronavirus, también se hizo evidente el carácter desigual de las sociedades latinoamericanas. A medida que fueron avanzando los meses de pandemia, serían los más pobres quienes aportarían de manera creciente el número de víctimas.

La pandemia no solo significó un aumento exponencial en el número de muertes sino también la agudización de formas represivas en el mundo del trabajo, particularmente en Latinoamérica. Muchos trabajadores de la región perdieron sus empleos y sus medios de subsistencia, al tiempo que otros solo lo pudieron mantener a costa de sacrificar parte de sus salarios y/o deteriorar sus condiciones de trabajo y contratación. Las mujeres se vieron particularmente perjudicadas, no solo porque sus empleos fueron desigualmente afectados (por ejemplo, en ocupaciones de servicios personales y atención al público), sino también porque el incremento de las actividades de cuidado al interior de los hogares recayó de manera desproporcionada sobre ellas. Las mujeres asumieron buena parte del costo de la crisis desmejorando su salud física y mental y sacrificando sus trayectorias laborales para atender a niños, adultos mayores y personas en condición de discapacidad confinadas en casa durante meses. Algunos trabajadores, particularmente aquellos vinculados al sector de la salud, sintieron en sus hombros el peso brutal de la Covid-19, sin recibir los recursos necesarios para enfrentar una calamidad de tales proporciones. La precariedad laboral que caracteriza la contratación del personal de salud, sumada al deterioro de su salud física y mental durante la crisis sanitaria, provocó el abandono de la profesión por parte de muchos de sus trabajadores.

Con la expansión de coberturas en vacunación, en un tiempo récord, y cierta inmunidad de rebaño alcanzada durante lo corrido de 2022, América Latina recupera con ritmos variados sus niveles de actividad económica. La convulsión social experimentada en la región con anterioridad a la pandemia, sumada a la indignación popular frente a la gestión inefectiva y los actos de corrupción de la pandemia, precipitaron el triunfo en las urnas de gobiernos de corte más progresista en países como Chile, Colombia y Perú. Las nuevas respuestas de política privilegian ahora la búsqueda de sistemas de previsión social más robustos, en medio de una situación fiscal notoriamente deteriorada, no solo por la pandemia sino también por desaciertos de gobiernos anteriores.

Todavía es aventurado efectuar balances definitivos acerca de los impactos duraderos de la pandemia en el mundo de trabajo; la intención del presente número de la Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo es, sin embargo, avanzar y sistematizar el conocimiento emergente en esta materia. El presente Dossier dedicado al tema de “Trabajo y Pandemia” comprende un total de cinco artículos que superaron de manera exitosa el proceso de revisión editorial en todas sus fases.

En el primero de tales artículos, Fabricio Zanghelini documenta el proceso de intensificación del trabajo durante la pandemia entre los tra-

bajadores de aplicativos y plataformas digitales en Brasil. El estudio da cuenta del diseño de mecanismos sofisticados de precariedad extrema y deslaboralización de la relación contractual de los trabajadores vinculados a plataformas digitales. El estudio aporta evidencia en favor de la hipótesis de origen marxista según la cual el proceso de reestructuración capitalista se caracteriza por la subsunción del trabajo intelectual y apropiación de plusvalor semejante al pago del salario a destajo. Dicho proceso, exacerbado durante el período de la pandemia, aprovecha las ventajas de la deslocalización del propietario capitalista en un contexto hiperterciarizado que, a través del control de la plataforma digital, extrae una renta monopolista. El trabajo también resalta, como el caso brasileño evidencia, las posibilidades de la movilización social de los trabajadores en la contención de la tendencia precarizadora del trabajo.

En el segundo de los artículos del Dossier, María Laura Henry analiza los riesgos psicosociales del trabajo durante la pandemia a través de una revisión bibliográfica extensa para el caso de Argentina. El artículo documenta cómo la extensión de la jornada laboral, las exigencias emocionales y la inseguridad en el empleo entre las actividades económicas que continuaron operando durante la pandemia generaron cambios adversos sobre la salud de los trabajadores y aumentaron la incidencia de riesgos psicosociales.

El artículo de Noemí Giosa Zuazua y Mariana Fernández Massi estudian el incremento de la subcontratación en América Latina en paralelo con el análisis de los resultados de un trabajo de campo efectuado en la región oeste del área metropolitana de Buenos Aires, Argentina. Las autoras también analizan las motivaciones de los empleadores bonaerenses frente a la terciarización laboral en las actividades de limpieza y seguridad, entre las cuales se destacan la reducción de costos, la concentración del esfuerzo gerencial en las actividades propiamente dichas del negocio, y la simplificación en la gestión del manejo de personal.

Por su parte, el artículo de Marcos Supervielle documenta el aumento inusitado del teletrabajo durante la pandemia en Uruguay y cómo este se ha empleado como un mecanismo para reducir costos y flexibilizar aún más las relaciones laborales. El artículo demuestra que, contrario a un interés altruista en favor de la salud pública, la masificación del teletrabajo obedece a una lógica de reducción de costos que ya está en marcha en países desarrollados como Francia. El autor provee evidencia acerca de las dificultades que enfrentan algunos teletrabajadores en sectores como la enseñanza, los cuales ofrecen una semblanza de los retos asociados al teletrabajo en el futuro. Entre tales retos sobresalen la incidencia elevada

de patologías musculoesqueléticas y el aumento de los riesgos psicosociales derivados del estrés y la presión exacerbada de jornadas laborales extenuantes.

Finalmente, Paulo Eduardo Benzoni y otros abordan en su artículo las percepciones acerca del estrés ocupacional y sus detonantes entre los operadores de telemercadeo. Para ello los autores implementaron una encuesta a una muestra no probabilística de trabajadores del telemercadeo y trabajadores de otras actividades económicas con el propósito de identificar diferencias estructurales. A partir de pruebas de diferencia de medias, los autores constatan diferencias estadísticamente significativas entre ambos grupos, lo cual sugiere que los trabajadores del telemercadeo enfrentaron mayores niveles de estrés y riesgo psicosocial durante la pandemia de la Covid-19.

Queda pues a disposición de la comunidad académica de América Latina y el mundo este número 42 de la Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo, el cual contó con el apoyo de la Asociación Colombiana de Estudios del Trabajo (Acet). De manera especial, agradecemos el apoyo y liderazgo de Juan Carlos Celis Ospina (Universidad Nacional de Colombia) en el proceso de coordinación editorial de este y los números tres números anteriores coordinados desde la Acet. También reconocemos el apoyo de Suelen Emilia Castiblanco (Universidad de La Salle), Diana Maritza Soler (Universidad Externado de Colombia), Laura Carla Moisés (Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín) y demás miembros de la Junta Directiva de la Acet por su activa colaboración en todo el proceso y sin el cual la concreción del presente número no habría sido posible. Finalmente, agradecemos el apoyo económico proporcionado por Christian Brothers University para la financiación de gastos de corrección de estilo y diagramación del presente número.

Memphis, Tennessee, 2 de octubre de 2022

REFERENCIAS CONSULTADAS

- Bauman, Z. (2000). *Liquid Modernity*. Cambridge: Polity Press.
- De Sousa Santos, B. (2020). *La cruel pedagogía del virus* (traducción de Paula Vasille). Buenos Aires: Clacso.
- Foucault, M. (1986). *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI Editores.